

# EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y ENCICIA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

---

Año I.

Sábado 26 Mayo 1906.

Núm. 21.

---

## Catequística.

---

Resumamos ya lo dicho, para sacar por clara consecuencia nuestro intento.

Jesucristo obró infinidad de milagros, cosa que sólo puede hacer Dios; Jesucristo anunció verdaderas profecías, ya cumplidas, lo cual es propio de Dios; y Jesucristo enseñó y practicó una doctrina tan santa, que es doctrina de sólo Dios, y todo ello lo hizo en propio nombre, con su propia virtud, como cosa realmente suya. No hay, pues, otro remedio que admitir la divinidad de Jesucristo, ó sea que Jesucristo es Dios verdadero.

---

No hay medio posible de sustraerse razonablemente á los argumentos avasalladores de las obras; y las obras de Jesucristo son patentes á todo el que tenga ojos y quiera contemplarlas. Mas, por si á alguien se le ocurriera neciamente decir que vale poco tal argumento, porque Jesucristo no debe ser juez en su propia causa, le diremos que la divinidad de Jesús tiene en su favor el testimonio solemne de su eterno Padre. Este obró muchos milagros para probar que Jesucristo era su verdadero Hijo, y por tanto verdadero Dios.

El envió los Angeles para anunciar el misterio de la Encarnación y el Nacimiento á los pastores. El produjo la estrella milagrosa que condujo á los Magos, y anunció á éstos y á José los peligros de parte de Herodes. El mandó al Espíritu Santo en figura de paloma. El abrió los cielos, y formó blancas nubes para festejar la declaración de la filiación divina de su Hijo, y entonces dijo con voz bajada del cielo: «Este es mi Hijo muy amado,

añadiendo en el Tabor: oídle». Y El, por último, en la cumbre del Calvario, en señal de que sentía la muerte de su Hijo, rasgó en dos partes el velo de templo, conmovió las entrañas de la tierra, cubrió de luto las lumbres del cielo y dió orden á los sepulcros para que arrojasen fuera sus muertos, y, entrando en la ciudad deicida, confesasen con voces sepulcrales, ante los asesinos de Jesús, que verdaderamente Aquel que habían sacrificado en el patíbulo de la cruz era el Hijo de Dios.

—  
 ¿Se quieren aún más pruebas de la divinidad de Jesús? Pues sí las hay en mucha abundancia todavía, pero no podemos exponerlas ahora por las razones antes indicadas. Vendrán, y vendrán como en su propio lugar, cuando tratemos del Mesías y del misterio de la Encarnación, etc.

Creemos que las pruebas aducidas bastan para nuestro intento, y que queda suficientemente demostrado que Jesucristo es verdadero Dios, así como antes habíamos probado que era verdadero hombre. Que es la respuesta que da el Catecismo á la pregunta de ¿Quién es Jesucristo? Y responde: Dios y hombre verdadero.

\*  
 \* \*

P.—¿Cómo (Jesucristo) es Dios?

R.—Porque es natural Hijo de Dios vivo.

D.—De las tres Personas divinas ¿cuál se ha hecho hombre?—

R.—De las tres Personas divinas se ha hecho hombre la segunda, esto es, el Hijo.

—  
 No hemos acertado á encontrar en el Catecismo del actual Pontífice, Pío X, una pregunta del todo idéntica á la del Padre Astete con que encabezamos este artículo; por eso ponemos la que más se le asemeja, en nuestro modesto juicio. A la vez que la segunda pregunta es parecida á la primera, es también su complemento; porque antes es ser Hijo de Dios que el llevar el nombre de Jesucristo. Y, si la primera pregunta se eleva desde Jesucristo al Hijo de Dios, la segunda desciende desde el Hijo de Dios á Jesucristo. Por eso es que la modesta explicación que vamos á dar de la primera pregunta, irá compenetrada con la explicación de la segunda.

Pregúntase primero: ¿Cómo Jesucristo es Dios? y se responde

así: Porque es natural Hijo de Dios. Pues bien; si hemos de ser ingenuos, debemos decir que tal respuesta es una grande verdad, porque Jesucristo es Hijo natural de Dios; pero no es la respuesta adecuada por modo inmediato á la pregunta.

Preguntar cómo Jesucristo es Dios, es en el orden de los seres lo mismo que preguntar por el modo ó la forma con que en Jesucristo existe la Divinidad; y en el orden de los conocimientos es preguntar por las pruebas que existen en favor de la Divinidad de Jesucristo.

Respecto de esta última parte nada diré ahora; pues ya se dijo lo bastante en el artículo anterior, de tal modo que en él se encuentra la respuesta á la pregunta que sirve de objeto á nuestro escrito. Cuya respuesta sería de este modo: Jesucristo es Dios, porque así lo testifican con toda evidencia los milagros, las profecías, la doctrina, y otras incontrastables pruebas.

Estando, pues, ya demostrado que Jesucristo es verdadero Dios, dedúcese que la pregunta de ¿Cómo es Dios?, se refiere al orden del ser real de Jesucristo, ó sea á la manera en la cual está la Divinidad en Jesucristo. Sabíamos que era Dios, pero no sabíamos el cómo lo era, y eso es lo que se quiere averiguar con la pregunta de ¿Cómo Jesucristo es Dios?

Siendo este el sentido gramatical de la pregunta, bien se ve que la respuesta no es la verdaderamente propia y adecuada.

La respuesta más rigurosamente propia, sería: Jesucristo es Dios, porque á su humanidad, ó sea á ese hombre que se llama Jesucristo, está unida la Divinidad en unidad de divina persona.

Mas, como sabemos por la fe que en Dios hay tres personas y que, como dice el Catecismo de Pío X en la respuesta á la pregunta arriba trasladada, sólo se hizo hombre la segunda persona de la Santísima Trinidad, nace de ahí, que la segunda respuesta, adecuada á la pregunta del Padre Astete, sería ésta: Jesucristo es Dios, porque Jesucristo es la segunda Persona de la Santísima Trinidad que tomó la naturaleza humana, á la cual está íntimamente unida en la unidad de esa segunda Persona divina. De manera que esta respuesta no es otra cosa que expresar el modo de la Encarnación del Divino Verbo. De cuyo modo, esto es, de la Encarnación del Verbo en las purísimas y virginales entrañas de la Virgen María, no es ahora ocasión de hablar, ni de eso trata la respuesta del Padre Astete.

La respuesta de este Padre, es: Jesucristo es Dios, porque es Hijo natural de Dios. En cuya respuesta se afirma redondamente una cosa, y se supone otra como conocida. Se afirma: Que Jesucristo es Hijo natural de Dios, y se supone como conocido, que quien es Hijo de Dios, y sólo por el hecho de ser tal Hijo, es también verdadero Dios.

Habremos, pues, de probar y, en cuanto nos sea dado, aclarar esa afirmación y ese supuesto; á saber: 1.º Que Jesucristo es Hijo natural de Dios; y 2.º Que el Hijo de Dios es Dios verdadero.

1.º *Jesucristo es Hijo natural de Dios.* Antes de exponer las razones en que se apoya el conocimiento que de esta verdad tenemos, nos será muy útil explicar el sentido de los términos con que está enunciada.

Ya hemos visto que Jesucristo es Dios y es hombre, y después veremos que en él no hay más que una sola persona, y ésta, divina; la segunda, de la beatísima Trinidad. Cuando se dice, pues, que Jesucristo es Hijo natural de Dios, se entiende inmediata y directamente de la divina persona de Nuestro Señor Jesucristo; pues, por lo que á la naturaleza humana directamente se refiere, es Hijo de la Virgen Santísima. Mas, porque las dos naturalezas, divina y humana de Jesucristo, subsisten en la unidad de la persona del Hijo de Dios, se dice del conjunto todo lo que á las naturalezas y á la persona les pertenece y aun se aplica á una naturaleza lo que es propio de la otra, y á la persona, lo que corresponde á las naturalezas, y á éstas, lo que es propio de aquélla, que es lo que los teólogos llaman comunicación ó comunión de propiedades (*ó idiomas*). Por eso se dice, y con mucha razón, que todo Jesucristo es Hijo de Dios, aunque inmediata y directamente lo sea sólo la divina persona, y la naturaleza humana, y aun la divina, lo sean únicamente por razón de la subsistencia en la divina persona.

(Continuará).

## Reflexiones sobre el Evangelio.

### Dominica infraoctava de la Ascensión.

Dos solemnes vaticinios hace Cristo Nuestro Señor en el

Evangelio de hoy. Anuncia primero la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles con estas palabras: *Cuando haya venido el Paráclito, aquel Espíritu de verdad que procede del Padre y que yo os mandaré de parte del Padre, El testificará de mí y les predice después las crueles persecuciones que padecerán por la fe. Tiempo vendrá, dice, en que el que os diere muerte, pensará que con ello ha hecho un obsequio á Dios. Y os tratarán así porque no han conocido ni al Padre ni á mí. Pero os he anunciado esto para que cuando sucediere os acordéis que ya yo os lo predije.*

El primer vaticinio tuvo su realización y perfecto cumplimiento el día de Pentecostés. En ese día, en efecto, estando los Apóstoles reunidos en el Cenáculo con la Santísima Virgen, descendió visiblemente el Espíritu Santo sobre todos ellos, llenándoles de sus dones celestiales con los que quedaron totalmente transformados. Débiles y cobardes primero, hasta el punto de negar y abandonar á su divino Maestro en el tiempo de su pasión, desde el momento en que reciben el Espíritu Santo, preséntanse en las calles y plazas de Jerusalén para predicar á Cristo resucitado, y sin vacilación ni miedo alguno decláranse ante la ciudad deicida discípulos de Jesús. Rudos é ignorantes y llenos de imperfecciones antes de recibir el Espíritu Paráclito, quedan después transformados en hombres llenos de celestial sabiduría.

Pero esta venida del Espíritu Santo, de que nos habla Jesucristo en el Evangelio de hoy, no se verificó únicamente en los Apóstoles, realízase aún hoy día, aunque de una manera invisible, en las almas de todos los justos; y así nos dice S. Pablo: *Ignoráis, acaso, que sois templo del Espíritu Santo?* Este es quien transforma los pecadores en justos; quien de hijos de ira hace hijos de Dios y herederos de su gloria; quien da á los justos la valentia y fortaleza necesarias para sobreponerse á toda suerte de respetos humanos y confesar siempre que se presente ocasión la fe que en el Bautismo profesaran sin avergonzarse de ser católicos, cristianos prácticos, hijos sumisos de la Iglesia, quien les infunde esa celestial sabiduría, comparada con la cual resulta ignorancia y necedad la ciencia de los filósofos más celebres del paganismo. El es, en una palabra, quien, como hizo en otro tiempo con los Apóstoles, llena las almas de los justos de todos sus dones y frutos celestiales.

El segundo vaticinio del Evangelio de hoy verificóse también

tal y como Cristo Nuestro Señor lo había predicho, según lo demuestran la vidas de los Apóstoles. Ellos, por ser discípulos de Jesús, fueron encarcelados, azotados, expuestos á duros martirios. San Pablo fué azotado con varas por tres veces, y últimamente decapitado; S. Juan fué arrojado en una caldera de aceite hirviendo; S. Bartolomé desollado vivo; S. Pedro crucificado cabeza abajo; y así todos los demás Apóstoles, como nadie ignora.

Pero como la presente profecía de los trabajos y persecuciones que tendrían que sufrir no iba dirigida únicamente á los Apóstoles, sinó á todos los verdaderos cristianos, por eso tampoco debe extrañarnos que la Iglesia haya sido combatida y perseguida en todo tiempo.

La tiranía de los príncipes y las demasías de la plebe, los sofismas de los herejes é impíos y el orgullo de algunos mal avenidos con la disciplina eclesiástica, han sido los principales enemigos con quienes ha tenido que luchar la Iglesia en el curso de su historia. Unas veces de una manera abierta y descarada, y otras solapadamente y so pretexto de protegerla, la Iglesia hase visto en todo tiempo combatida. Jesucristo quería y quiere que su obra predilecta, la Iglesia, se desarrollase fuerte y robusta, que no viviera una vida anémica, que fuera indefectible y no desapareciera por consunción, y por esto, en todo tiempo la ha purificado en el crisol de la tribulación y persecución; por eso dispuso que ya desde el principio fuera bautizada con el bautismo de sangre; que es cosa bien sabida que el soldado se enerva y pierde fuerzas en el tiempo de la paz, y únicamente en la guerra adquiere la energía, robustez y virilidad que le son precisas.

La Iglesia, que por algo se da á sí misma el nombre de *militante*, truncaría su historia de un modo violento y dejaría de ser lo que es si no fuera combatida.

No debemos, pues, temer, dudar y vacilar en nuestra fe, al ver la persecución que en los tiempos actuales se hace contra ella. Si el siglo último compendia y resume en sí todas las persecuciones que contra la Iglesia se movieron en los tiempos anteriores, él es también uno de los siglos en que aquélla se presenta con mayor fuerza y vitalidad; si Napoleón I, queriendo hacer del Vicario de Jesucristo un capellán de su Corte, nos recuerda la lucha entablada en la edad media entre el Pontificado y el Imperio, él, desterrado en Santa Elena, hácenos pensar instintivamente en el

Emperador Enrique IV en Canosa; si las sectas se valen de la casa de Saboya para asestar á la Iglesia el golpe de gracia, hiriéndola en su cabeza; si desde el 1870 no cuenta ya el Papa con más ejército que los pocos suizos que custodian su palacio, ni con más Estados que el Vaticano, nunca su voz fué más dócilmente escuchada, nunca sus mandatos fueron más prontamente y por mayor número de fieles obedecidos, nunca su imperio sobre las almas fué más intenso y dilatado; si las matanzas de cristianos verificadas en la China y el Japón nos recuerdan las persecuciones sangrientas de los primeros siglos del Cristianismo, los cincuenta millones con que ha aumentado el número de católicos en el siglo XIX son dato bien elocuente y expresivo que confirma una vez más la conocida sentencia del gran Tertuliano: «La sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos».

La clave para explicarnos estos triunfos de la Iglesia sobre tantos y tan poderosos enemigos, la tenemos en el Evangelio de hoy. Porque si Cristo Nuestro Señor predijo que su Iglesia sería perseguida, la persecución y combates que se mueven contra la Iglesia católica, serán señal clara y evidente de que ella es la obra de Cristo.

Y si la Iglesia católica es obra de Dios ¿quién ha de poder contra ella?



## Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

*Meditación.* Previas la preparación y lectura, como se ha dicho anteriormente, entraremos de lleno en la meditación, haciendo que el entendimiento discurra acerca de lo que se ha leído, para llevar al alma los sentimientos que en el punto de meditación se contienen.

Si la composición de lugar es de sujetos sensibles, como habla el P. Villacastín, ó imaginativa, el entendimiento discurrirá sobre lo que se ofrece, inquiriendo noticia clara de los personajes que intervienen, de sus acciones, de sus palabras, de todo lo que se propone á nuestra consideración para formar conocimiento del paso, acerca del cual meditamos. Sirvámonos de un ejemplo para la más fácil comprensión. Vamos á meditar la oración de

Jesús en el huerto de Getsemaní. Pues bien: representaremos en nuestra imaginación al Hijo de Dios, puesto de rodillas sobre la dura tierra en oscura soledad, con los brazos extendidos en actitud suplicante, con los ojos alzados al cielo, salpicado su cuerpo por gotas de sangre, apoyado en una piedra por la grandeza del dolor, alejado de los discípulos que duermen, confortado por un Angel y contemplado por el Padre Eterno... Se oyen las palabras de Jesús (1): *Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya*. Imaginándonos que todo esto ocurre en presencia nuestra, discurremos sobre Jesús, su actitud, su soledad, sus palabras y la grandeza del dolor, preguntaremos: ¿quién es el que ora?, ¿quién sufre?, ¿qué sufre?, ¿por quiénes?, ¿por qué?, y la contestación á estas preguntas nos suministrará pensamientos que harán sentir al alma diversas emociones de dolor y alegría, de odio y amor; pues consideraremos la amargura de los sufrimientos que el Señor experimenta para abrirnos el cielo, y la vileza de nuestros corazones por haberle ofendido.

Si la composición de lugar es de objetos inmateriales, insensibles, es decir, si la meditación no es imaginativa, sino intelectual, como del pecado, del arrepentimiento, de los beneficios que el Señor nos concede, de sus perfecciones, etc., razonaremos acerca de estos puntos, aplicando nuestro entendimiento para deducir sentimientos de amor y gratitud á Dios y de contrición por nuestras culpas. Para lo cual, si no sentimos fervor, avivaremos el alma con preguntas adecuadas á la materia, del modo que empleamos en la meditación imaginativa. Y así, al meditar sobre el pecado, podemos preguntarnos: *¿Quién soy yo comparado con mi Dios? ¿Por qué le ofendí? ¿Qué pudo hacer de mí después de mi pecado?* De semejante manera podemos enfervorizarnos, cuando de otra materia sea la meditación.

Con este ejercicio del entendimiento, iluminado con las luces que el Señor envía á las almas, como pueden experimentar, y de hecho experimentan los que á la oración se dedican, la voluntad se mueve, y el alma se siente inclinada al amor de Dios y al desprecio del mundo. El conocimiento de la infinita grandeza de Dios, de la pasión y muerte del Redentor, de la vanidad del mundo, del pecado y nuestra ingratitude, de la muerte, del infier-

(1) Luc., XXII, 42.



no, de la gloria, en pocas palabras, de todas las verdades presentadas á nuestra consideración, encienden en nuestras almas afectos de admiración, de compasión, de desprecio, de amor puro, de santo desprendimiento y de nobilísimos deseos, los cuales giran en torno de Dios para alabarlo, al mismo tiempo que se apartan de los engañosos y miserables atractivos que esta vida terrena nos ofrece.

Conviene advertir aquí, que, cuando estéis en la oración, no ocupéis el entendimiento si Dios mueve la voluntad. La razón es evidente: porque si el ejercicio de la meditación tiene por objeto mover la voluntad al amor de Dios y formar un corazón semejante al corazón de Jesús, cuando el Señor infunde en el alma esos afectos y deseos purísimos, ya ilustra el entendimiento sin nuestro trabajo, por lo que escribió Sta. Teresa de Jesús (1): «Cuando Su Majestad quiere que el entendimiento cese de discurrir, ocúpale por otra manera; da una luz en el conocimiento tan sobre lo que podemos alcanzar, que le hace quedar absorto, y entonces sin saber cómo, queda muy mejor enseñado que no con todas nuestras diligencias». Por consiguiente, no fijéis un tiempo antes de comenzar la meditación, para el acto del entendimiento, pues el Señor es el que dirige las potencias, y no debemos oponernos á sus gracias y divinas disposiciones.

De cualquier modo que pasemos al acto de la voluntad, tengamos en cuenta que los afectos del corazón y los movimientos de la voluntad son la parte más excelente de la oración; pues el alma, abismada en la contemplación de la verdad, sintiéndose herida por el fuego del amor divino, ha de prorrumpir en exclamaciones dulces y amorosas, dirigidas á Dios nuestro Señor, un *¡Dios mío! Te amo*, que, envuelto en un suspiro, envíe el alma al Creador, abrirá los tesoros de las divinas gracias y descenderán éstas á la pobre alma que siente la nostalgia del cielo para caminar por este mundo, despreciando las falaces promesas y ansiando con locura santa, gozar de Dios. Y cuanto más ame, más sufrirá, porque se dolerá más vivamente por la ausencia del Amado, y angustiada por el dolor lanzará suspiros amorosos más vehementes, y exclamará como el más elevado de los poetas místicos (2):

(1) Mor., IV, 3.

(2) *Canciones sobre el alma y el Esposo*, por San Juan de la Cruz.

Pastores, los que fuéredes  
 Allá por las majadas al Otero,  
 Si por ventura viéredes  
 A Aquel, que yo más quiero,  
 Decidle que adolezco, peno y muero.

Y formará propósitos firmes, generales, de amar á Dios y aborrecer el pecado, y particulares, según se deduzcan de la meditación.

(Continuará).

---

## CUENTO

---

### Contra lujuria castidad.

Era el mes poético de las flores, en que parece que todo convida á alabar á la Madre del Amor Hermoso. La brisa es más pura y embalsamada, el cielo más azul y radiante de claridad, la tierra más llena de perfumes y la naturaleza toda se engalana predicando la fecundidad del Creador de ella.

En todos los pueblos cristianos acuden á porfía las gentes para tributar su homenaje á la Reina de los cielos, no faltando tampoco hombres de escasa ó ninguna piedad que acuden á los templos, no para alabar la hermosura inmaculada, sino para piropear á la salida á las que llaman hermosuras terrenas. Costumbre tan perjudicial como antigua, pues ya existía cuando tiene lugar este hecho hacia mediados del siglo diez y seis.

Raro era el mozo galán que por un quítame allá esas pajas no tiraba de su tizona, y, si no desfacía más entuertos que el Quijote, por lo menos se la daba de plancheta.

Ello es que mi mozo estaba perdidamente enamorado de una joven y ella firme en sus trece y siempre nones. No había manera posible de meter en juicio á aquella locuela y él ya lo había hecho con los amigos cuestión de amor propio, hasta el punto de jurarles que tal noche la arrastraría consigo de grado ó por fuerza.

El respondía por D. Rodrigo y ella por señorita Inés.

La casa de ésta, situada frente por frente al templo, la permitía ir y volver sola sin acompañamiento impertinente de dueña vieja, fea y gazmoña, que aun así á veces hacen falta.

Esta noche salió muy tarde del templo, era la última de Mayo,

y á más quiso cumplir en la iglesia sus últimas devociones diarias.

Al salir se le incorporó D. Rodrigo y platicaron así:

—¿Hasta cuándo, Inés, me tendrás en este estado?

—¿Hasta cuándo, D. Rodrigo, va á haber lilas? ¿Ó es que mohosa la espada le es inútil y busca una rueca?

—¿Tomas á broma el amor?

—Caballero, trate Ud. á las damas cual merecen.

—¿Es malo declararle el volcán que arde en mi pecho?

—A ese volcán, agua. Verá Ud. cómo se apaga, y si el mar no basta, quizá sea suficiente un átomo de vergüenza.

Doña Inés entró ligera en su casa, cuya puerta cerró de un fuerte golpe que dejó humillado á D. Rodrigo.

Aquella sabía las intenciones del libertino, que no eran otras, como sucede á menudo, que ir desflorando castas azucenas por la mañana, para á la noche tirarlas secas en el camino del deshonor.

Desesperado furiosamente D. Rodrigo empujó la puerta con ímpetu violento; cedió sin tanta fuerza y una racha de viento húmedo empapó sus pulmones, mientras se halló envuelto en densa oscuridad.

Ignorante de aquella mansión no supo á dónde dirigir sus pasos; permaneció inmóvil unos momentos, durante los cuales se acostumbraron un poco á las tinieblas sus extraviados ojos y lanzando una mirada furibunda al frente, creyó percibir algo así como la silueta de una mujer enlutada.

—Es la dueña, murmuró, cededme paso.

—Jamás, repercutió una voz en la extensa galería.

—¿Sois la dueña?

—No.

—¿Quién, pues?

—Tu conciencia.

—Mientes, miserable, mi conciencia es conocida mía y á ti no te conozco.

Y sacando la espada, gritó:

—Paso, ó caes muerta á mis plantas.

—Atrás, infame; dijo la otra voz.

Y ciego clavó el acero agudo en la sombra que delante había, el cual, chocando sobre un hermoso corazón de oro atravesado

por siete agudos cuchillos del mismo metal, hizo brotar un manojito de chispas, como cuando á la piedra hiere el acero, á cuyo leve resplandor vió D. Rodrigo que á quien hería era una hermosa escultura de Nuestra Señora de los Dolores.

Quedó aterrado, inmóvil y su profunda fe religiosa, intacta en medio de su extravío, atarazó á su conciencia bajo una losa de hierro.

—Soy un maldito, exclamó. ¡Perdonadme, Virgen de mis amores!

—Sois un cobarde, dijo la voz, y es nulo el arrepentimiento si no sigue la penitencia.

Era la voz de D.<sup>a</sup> Inés, que prosiguió:

—Id en buen hora, D. Rodrigo, y dejad el cielo en paz si no queréis que el cielo os declare la guerra. La lujuria os trajo aquí y la pureza os salva. Reverenciad á la Virgen toda pura y lavad vuestras manchas.

—¿Qué haré?

—Contra lujuria, castidad.



## Liturgia.

(Continuación).

Once años después, ó sea en el 372, otro Emperador entraba también en la Iglesia de Cesarea, en la fiesta de Epifanía. Era éste Valente, que, aunque cristiano por el bautismo como Juliano, sin embargo, decidido campeón del arrianismo, perseguía á la Iglesia sin tregua ni descanso. La libertad evangélica de un Santo Obispo, humilló á Valente á los pies de Cristo Rey, en el mismo día en que la política había obligado á Juliano á inclinarse ante la divinidad del *Galileo*. Impresionado vivamente el Emperador Valente por la multitud de fieles reunidos en la Iglesia, por la pompa y esplendor de las ceremonias del culto católico y, sobre todo, por el imponente aspecto del Arzobispo San Basilio, que, puesto de pie, como si nada de nuevo ocurriera en la Iglesia, su mirada únicamente estaba fija en Dios y en el Altar, no pudo menos de deponer los violentos proyectos que en su corazón alimentaba contra el Santo Obispo, y aunque no adoraba al Verbo consubstancial al Padre, á lo menos confundió sus home-

najes exteriores con los de la grey de Basilio. En el momento de la ofrenda se le vió avanzar al presbiterio y presentar sus dones á Cristo en la persona de su Pontífice Basilio; y sólo el temor de que este Santo Obispo no los aceptara, conmovió tan violentamente al Emperador, que hubiera caído al pie mismo del Altar, presa de un desmayo, á no haber sido sostenido por los ministros del santuario.

En esta solemnidad, por tanto, ha sido siempre honrada por los soberanos la realeza del Salvador recién nacido, puesto que, según dice el Real Profeta en su Salmo 71, 9, se ha visto en ella á los poderosos del mundo *abatidos y postrados en tierra ante sus plantas*.

Nuevas generaciones de emperadores y reyes han doblado igualmente sus rodillas ante el Rey de los siglos, Hijo de Dios, é Hijo de María, y han ofrecido á Jesús el homenaje de un corazón, abnegado y ortodoxo. Teodosio, Carlomagno, Alfredo el Grande, Esteban de Hungría, Eduardo el Confesor, el Emperador Enrique II, Fernando de Castilla, Luis IX de Francia tuvieron este día en gran veneración, siendo su mayor honra presentarse, á semejanza de los Reyes Magos, á los pies del divino Niño, y abrirle, como éstos, sus tesoros. Esta costumbre se conservó en Francia hasta el año 1378 en que Carlos V hizo la ofrenda presentando oro, incienso y mirra, como un tributo al Dios Niño. También en el Palacio de los Reyes de nuestra amada España se ofrece en este día rico cáliz, durante el ofertorio, en memoria de la regia ofrenda de los Magos de Oriente; cáliz que Su Majestad regala á las Iglesias necesitadas, que desgraciadamente son en número considerable.

Mas no era tan sólo en la corte de los reyes donde se representaban tan á lo vivo las ofrendas de los Magos: la piedad de los fieles, en la edad media, les hacía presentar al sacerdote, para que las bendijese en dicho día, ofrendas de oro, incienso y mirra, y estos tiernos símbolos de su devoción eran cuidadosamente guardados en su hogar doméstico en honor de los tres reyes Magos, como prenda de bendición para sus casas y familias. Consérvase aún dicha piadosa costumbre en algunas Diócesis de Alemania, y la fórmula especial que, para esta bendición, se leía en el Ritual romano, no ha desaparecido de dicho libro litúrgico hasta la edición de Pío V, que se creyó en el deber de suprimir

gran número de bendiciones muy raras veces solicitadas por los fieles.

Otra costumbre, inspirada igualmente en la sencilla piedad de aquellos tiempos de verdadera fe, ha llegado á través de los siglos hasta nuestros días. Para honrar la majestad de aquellos Magos, que desde el Oriente se trasladaron á Belén en busca del Niño que acababa de nacer, se elegía por suerte, en cada familia, un rey para la fiesta de Epifanía. En convite animado de pura alegría, y que recordaba las bodas de Galilea, se reunían los individuos de cada familia, y, repartiéndose entre los convidados un pastel preparado de antemano para el caso, designaba la suerte á quien favorecía la fortuna con la púrpura real por unas horas. Dos pedazos del citado manjar eran separados para ser ofrecidos al Niño Jesús y á María su Madre, en cuyo nombre eran entregados á los pobres que de esta manera tomaban parte en el triunfo del Rey humilde y pobre. Los goces de la familia se confundían en aquellos felices tiempos con las alegrías de la Iglesia; los vínculos de la sangre, de la amistad y vecindad se estrechaban más y más alrededor de aquella mesa de *los Reyes*; y si la debilidad humana pudo en alguna ocasión aparecer en las contingencias propias de agradable festín, la idea cristiana, que reunía allí á los convidados, mantenía siempre vivos en su corazón piadosos sentimientos.

¡Felices también las familias en las que aún hoy día se celebra tan cristianamente la fiesta de la Epifanía! Por mucho tiempo, un celo mal entendido ha declamado contra esas inocentes costumbres, en las que tan admirablemente se hermanan los efluvios de la fe y las alegrías del hogar; atácase á estas tradiciones de familia, so pretexto del peligro de intemperancia á que se exponen los invitados, como si un festín, desprovisto de toda idea religiosa, estuviese menos sujeto á estos excesos. Se ha llegado hasta afirmar (cosa por cierto muy difícil de probar) que el pastel de Epifanía y la inocente realeza que el mismo otorga, no eran otra cosa sino una imitación de las Saturnales paganas; como si fuera esta la primera ocasión en que las fiestas paganas han sufrido una transformación cristiana. El resultado de tan imprudentes investigaciones debía ser y ha sido, en efecto, sobre este particular como sobre otros muchos, aislar de la Iglesia las costumbres de las familias, divorciar toda idea religiosa de las

tradiciones populares y coadyuvar á lo que han dado en llamar secularización de la sociedad.

(Concluirá).

## Noticias generales.

La peregrinación de Wurtemberg ha sido recibida por el Santo Padre. También días pasados tuvieron este mismo honor, en la Sala del Consistorio, los peregrinos belgas, organizados por la *Alianza Católica*. El Obispo de Gand, que les presidía, leyó un notable discurso encomiando la importancia de la prensa católica. Pío X contestó haciendo elogios de la adhesión de los católicos belgas á la Santa Sede y les recomendó la necesidad grande de propagar, por medio de la prensa, las ideas católicas, y que era un deber de los católicos apoyar con sus esfuerzos á los periódicos religiosos.

\*\*\* En una ciudad del Mediodía de Francia se ha organizado una Obra de propaganda de la buena Prensa, que conviene divulgar para que sirva de ejemplo, ya que es de muy fácil imitación.

Todos los días un *colector*, al que se le da un céntimo por cada periódico que aporta á la Obra, recorre las casas de los *católicos* y recibe de ellos los periódicos del día ó de la víspera; también recoge los periódicos *ya leídos*, que el público deposita en buzones especiales colocados *ad hoc* en sitios de mucha concurrencia.

Una vez hecha la recogida, los periódicos son clasificados convenientemente por los socios de esta Obra utilísima; los periódicos inmorales son destruídos, y los de sana lectura entregados á las personas que acuden á buscarlos: son éstas niños que piden los periódicos para sus padres; mujeres que los buscan para sus maridos, confesando que desde que ellos leen la prensa sana se aficianan á estar en el hogar y no van á la taberna.... Como no habrá bastantes periódicos para tanta petición, los socios de la Obra han contratado con las empresas periodísticas, y compran á bajo precio los restos de la edición no vendida, la *vuelta*, como se dice en términos del oficio. Hay que tener en cuenta que sólo se regalan los números *del día anterior*.

La obra prospera de día en día de un modo admirable, pues los lectores de periódicos se han penetrado perfectamente de la importancia de aquélla y de la facilidad de prestarle apoyo. La cosa no puede ser más sencilla; en lugar de tirar el periódico, se guarda para entregárselo al colector.

Los socios publican además hojitas de propaganda y dan conferencias para explicar la trascendencia de esta obra social. Nadie mejor que ellos han comprendido aquellas solemnes palabras dirigidas por el inmortal León XIII á los representantes de la Prensa católica alemana: «Los que escriben y distribuyen periódicos y revistas, animados del espíritu católico, merecen bien de la Religión y de la Iglesia».

\*\*\* Escriben de Berna que el Gobierno ha vuelto á abrir diez y siete parroquias de las treinta que violentamente suprimió en 1872. Estas se hallaban establecidas por el pueblo sin reconocerlas el Gobierno. El director del Culto, Sr. Ritschard, quería restablecer las treinta parroquias como estaban antes, pero el Consejo de Estado sólo ha concedido las diez y siete.

---

## Santorál.

---

Día 27, Domingo. Stos. Juan I, pp. y mr.; Julio, soldado mr.; santas Restituta, vg. y mr.; Valdesca, virgen.

Día 28, lunes. Stos. Germán, ob. y cf.; Senador y Podio, obispos cfs.; Justo, cf.; Sta. Elcomida, mártir.

Día 29, martes. Stos. Máximo y Maximino, obs. cfs.; Eleuterio, Vato y Félix, cfs.; Sta. Teodosia, mr.

Día 30, miércoles. S. Fernando III; rey de España; Stos. Gabino, Crispulo, Palatino y Cirilo, mrs.; Sta. Eumelia, vda.

Día 31, jueves. Ntra. Señora, Reina de todos los Santos y Madre del Amor Hermoso; Stos. Lupicino, ob.; Pascasio, diác. cf.; santas Cancianilla, mr., y Petronila, virgen.

Día 1.º de Junio, viernes. Santos Reveriano, ob. mr.; Fortunato, pbro. y cf., y Sta. Crenea.

Día 2, sábado. Stos. Erasmo y Fotino, obs. y mrs.; Marcelino, pbro. y mr.; Stas. Blandina, Emiliana y Albina, mrs.—AYUNO CON ABSTINENCIA DE CARNE.